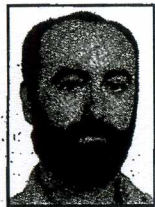


Machotes



Oriol Prunes



POCO me place venir ahora y aquí a hablar de política. Poco porque primeramente ya hay quien toque el tema —y bien— en este foro que nos brinda este diario; y luego porque, pronto he de reconocerlo, también a mí me

ocurre padecer, como a tantos otros ciudadanos, y demasiados somos ya, un hartazgo inconmensurable de los políticos, que no de la política.

Aquí es donde está, precisamente, la gallina boba que pone este huevo: la política, entre nosotros, hace tiempo que se evaporó a no se sabe qué ignotas y más puras regiones. En su lugar, nos ha quedado un recuerdo desvaído, eso que el pueblo, con ese buen tino suyo tan característico, llama *polítiquero*: un residuo de la política que custodia férreamente una camarilla de sacerdotes erigidos en profesionales de la cosa pública: ¡Ríete tú de las nomenclaturas estalinistas, cuando hay por estos lares quien lleve ya diez o más años apelmazado en poltrona de señoría, en sillón consejeril o en cualquier otro género de asiento público! Y todo esto por mandato popular, lo que es de risa —la risa de los locos—; porque quien manda aquí ya no somos ni tú ni yo ni tu vecino ni el mío, o sea, el pueblo; sino esos que se dicen representantes del sufrido susodicho que a nadie representan más que a su propia camarilla. Si el último tinglado, por no ir muy lejos, que armaron por estas islas los de la izquierda unida y los de la izquierda nacionalista al emparejarse con la derecha de toda laya, es de veras lo que deseaban sus representantes, pues qué te digo: que tendré que engrasar muy a fondo la entendedera a ver si pilló algo o, en su defecto, mudarme a Liliput.

Ante tan imposibles maridajes, lo más sensato es que, en día de votación, cada quisque se quede en casa cultivando su huerto, o sea, su vida privada. No insisto más. Ya Antonio García Trevijano, en *La Clave* de mi señor Balbín, dejó analizado mejor que bien que lo que teníamos entre manos en este Ruedo Ibérico no era democracia, sino *oligocracia*, un gobierno de partidos, o sea, una democracia menguada.

En medio de todo esté escenario, ¿qué papel nos tienen reservado a ti y a mí y a tu vecino y el mío estos sacerdotes y comisarios de la oligocracia? ¿El de comparas a los que hay que atraerse cada cuatro años con fábulas increíbles? Triste y feo papel.

No hace mucho J.J. Armas Marcelo relataba aquí mismo que, durante estos carnavales, las madres venezolanas disfrazaron a sus hijos de teniente coronel Chávez Frías, el *machote* como llaman por allá, según comentaba Armas Marcelo, a este caudillo de la asonada contra Carlos Andrés Pérez. A uno, con esa displicencia tan accidental que dan el buen comer y el bien vestir, pronto le acude a los labios el sobado comentario aquel de que este género de furores sólo acontecen en las repúblicas petrolíferas

de cáscara pero bananeras de hueso. Son, claro, cosas que en la civilizada Europa no ocurren. ¡Cómo van a ocurrir en el mejor de los mundos!

Los machotes, estos demagogos de verba violenta, gesticulación bravía y pecho hinchido, los hace el pueblo cuando el pueblo, de puro harto, tiene la leche mala. Y a mí me da que, por aquí, empieza a proliferar mucho la harta que precede a la ira social. Por lo que ya dije y por lo que ahora diré, nuestros machotes nacionales están empezando a fermentar, me temo, en un caldo colectivo propicio. Son los Ruiz Mateos y los Gil y Gil. Unos machotes que, como Le Pen, como Cicciolina —machote a la inversa que gusta de ejercer de puta escandalosa entre una ciudadanía hastiada de tanta partitocracia en Italia—, unos machotes nuestros que, aún dentro de su brutalidad, son más sutiles que el venezolano: optan por las urnas, optan por la vía democrática. Son las maneras del cordero que aulla y asoma la garra no bien se da la vuelta. Son las maneras democráticas que encubren discursos totalitarios. Es el peaje que imponen los tiempos.

El caldo para este potaje está servido ante el espectáculo de una corrupción partidaria que la oligocracia diligentemente se afana en ocultar, mientras el ciudadano la más clara percepción que tiene de lo público es que se lo nutre de carga fiscal, se le cierran fábricas y se le condena el hijo al ostracismo. Servido ante maridajes imposibles, como decía, que fomentan en las gentes la pernicioso idea de que tanto monta monta tanto este partido como aquel otro: «Todos van a chupar». Servido ante caciques de siempre, nunca depurados por mor de afianzar un aparato partidario y ahora ocupando puestos de mando, situación aberrante que hasta ha llevado al mismísimo Felipe González a solicitar a sus correligionarios que se aparte del Partido a aquellos que lo «usan en beneficio propio». Servido ante unas explosiones de nacionalismo y un amor tal por la patria chica que hasta los centralistas de ayer, de hoy y de mañana —las derechas regionales, llámense AIC, PAR, Unión Valenciana... o nacionales: ¡el bendito del señor Aznar farfullando el catalán en un mitin, toma ya!— se han transformado en autonomistas furibundos. Servido ante el bochorno del transfuguismo y el abandono de partido, que no de escaño o de colación a cargo de los fondos públicos. Servido ante... En definitiva, ante el secuestro de la vida pública y de la política a manos de las camarillas partidistas, o lo que la gente, la buena gente que con su trabajo levanta las naciones, percibe como tal.

No lo tienen difícil ni el misticismo canalla de Ruiz Mateos ni la oronda desfachatez de Gil y Gil. Es su hora. Aunque, mientras las cosas no pasen de ahí, nada hay que temer. Mientras estos machotes hispánicos no nos asusten más que con sus bravatas sin pasar a los hechos o nos diviertan con sus payasadas, con sus machadas, nada hay que temer. Mucho y mucho, sin embargo, tendremos que empezar a inquietarnos si un día estos demagogos, camuflados en el afeite democrático y legitimándose en las urnas, logran convertirse en líderes que capitaneen con soflamas fáciles y cuajadas de violencia a una masa tan sin rumbo como airada y, por lo mismo, ansiosa de mano dura. Madera, talento y medios, lamentablemente, no le faltan a Gil y Gil si se lo propone. Veremos.